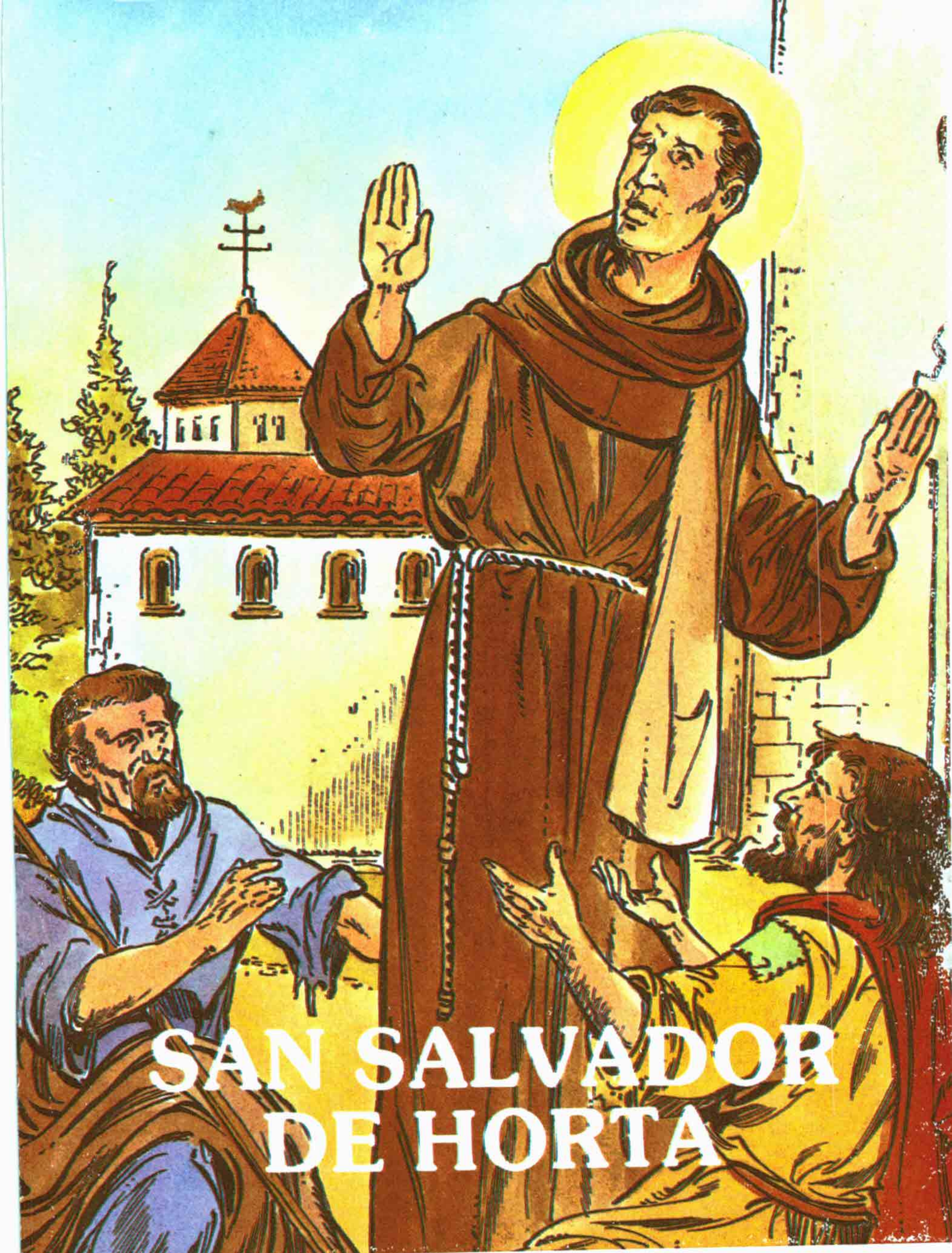


SAN SALVADOR DE HORTA

SAN SALVADOR DE HORTA

Fray Antonio Corredor García
O.F.M.

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003-SEVILLA

I.S.B.N. 84-7656-130-X • D.L. B-4135-89

El Hijo del Hospital

En el hospital de Santa Coloma de Farnés, donde vivían sus padres, vio la luz primera el pequeño Salvador, un domingo de diciembre de 1520.

Fue educado en el santo temor de Dios y en las verdades de nuestra fe católica.

Ayudaba a sus padres en las cosas del hospital y a veces salía al campo a buscar leña.

Su infancia y pubertad transcurrieron en Santa Coloma, y, hacia los catorce o quince años, perdió a sus piadosos padres, quedando solo en el mundo con su hermanita Blasa.

No pudiendo el jovencito, por la edad, desempeñar en el hospital el oficio que tenía su padre, se vio obligado a mirar por sí y por su hermana, dedicándose al oficio de pastor.

Pero, a los dieciséis años, se sintió inspirado y tomó una resolución: la de dejar Santa Coloma y marchar a Barcelona, capital de la región, para aprender y ejercitarse en algún oficio con que ganar para sí y la hermana pan honrado en el trabajo y la fatiga.

Y un buen día, acompañados del tutor, quizás pariente suyo, cuyo nombre no se ha conservado, los dos huerfanitos tomaron el camino de la gran ciudad, confiados en la divina Providencia.

Poco tiempo después, lo hallamos ya colocado en una zapatería, donde se dio a aprender el oficio con todo interés, iniciando una vida de obligaciones y sacrificios.

Salvador había mamado, con la leche, la piedad filial hacia la Madre del Cielo. Y en esta época incrementó el fervor, el amor a la soledad y a la oración y, sobre todo, la devoción a la Virgen.

Sentía ya la vocación religiosa, pero no podía realizarla por ahora, por tener que sustentar a su hermana Blasa.

Con los monjes de Montserrat

Dios iba preparándole el camino. Blasa se casó con Antonio Traver, comerciante de hierro y cobre, y hombre honesto y piadoso, con el que vivió santamente, muriendo sin descendencia.

El enlace de la hermana avivó en Salvador los deseos de acercarse más y más a Dios y darse completamente a El.

El Señor lo favorecía y ningún otro obstáculo interceptaba ya su ruta.

Dócil a la voz que le hablaba misteriosamente en lo más íntimo de su espíritu, decidió alejarse de Barcelona, y se presentó en el Monasterio de Montserrat, de monjes benedictinos.

Estos lo acogieron de buen grado y pronto amaron con predilección al humilde y modesto joven que se prestaba a los servicios más ordinarios de la Abadía, siempre contento y dispuesto a la menor indicación.

Cuando rezaba a los pies de la Virgen, parecía transfigurado, y aquel recogimiento y devoción encantaban a los religiosos, y tal vez les haría concebir la esperanza de que un día no lejano podría vestir allí el hábito monacal.

Pero el recuerdo de haber nacido en la pobreza y los deseos que, hacía tiempo, acariciaba ya en su corazón, impidieron a Salvador hasta pensar en pedir siquiera la librea benedictina.

Poco tiempo moró Salvador en el Monasterio. Pero, estando allá arriba, tuvo ocasión de tratar varias veces con los religiosos franciscanos que acudían, en busca de limosna, a la Abadía.

Y él, que soñaba con esa vida pobre, en consonancia con su origen, se afianzó más en la determinación de hacerse fraile franciscano.

Y de nuevo, se volvió a Barcelona.

Ingresa en la Orden Franciscana

Veinte años contaba Salvador cuando decidió hacerse fraile franciscano.

El tres de mayo de 1541, habló con el Padre Provincial y, en esa misma fecha, vistió el seráfico sayal en el Convento de Santa María de Jesús, extramuros de la ciudad de Barcelona.

Durante el año de noviciado, se propuso, con grandísimo empeño, intensificar particularmente la vida de oración.

Dormía pocas horas y sólo hasta la media noche, en que asistía al coro para el rezo de Maitines.

Después se disciplinaba y, en vez de irse a descansar, se quedaba orando en la iglesia, preparándose así para la Misa y la Comunión.

En el transcurso de este año de noviciado, hizo su primer milagro.

En la fiesta de la Circuncisión del Señor, titular del Convento, solían los frailes tener invitados a comer.

Eran personas bienhechoras y distinguidas y, entre ellas, se contaba ese año al Canciller del Virrey, Don Francisco Montaner.

Ya en la víspera, el cocinero había preparado lo principal para el día siguiente. Pero esa misma noche cayó enfermo, y encomendó a Fray Salvador que por la mañana lo sustituyese y dispusiera la comida.

Fray Salvador pasó la noche en oración y se le olvidó el encargo.

Al enterarse el Padre Guardián de lo sucedido, fue, disgustado, a la cocina con Fray Salvador y otros religiosos, y, ¡oh sorpresa!, quedaron todos admirados al ver que la comida estaba preparada y recién hecha, sin señales siquiera ni de haber sido encendido el fogón.

Los comensales dijeron que la comida tenía un sabor rico y especial, por ellos nunca experimentado.

Vida de santidad de Fray Salvador

El plan de vida espiritual propuesto para el año de noviciado, lo continuó hasta la muerte.

Siempre anduvo descalzo y con hábito pobre y remendado. Y su liberalidad fue tanta con los desgraciados y menesterosos, que el Padre Guardián se vio en la precisión de cerrar la despensa del Convento, para evitar excesos de su amor en detrimento del propio sustento de los frailes.

Persecuciones y vejaciones se cebaron sobre el Santo. Hasta se llegó a pedir la expulsión de la Orden, para evitar así las inquietudes y zozobras que sufrían los frailes, a causa de tantos dolientes que recababan a diario la presencia del santo Varón.

El sufría con paciencia toda clase de injurias, y el Señor permitía la incomprensión para cultivar en su fiel Siervo la perfumada flor de la humildad.

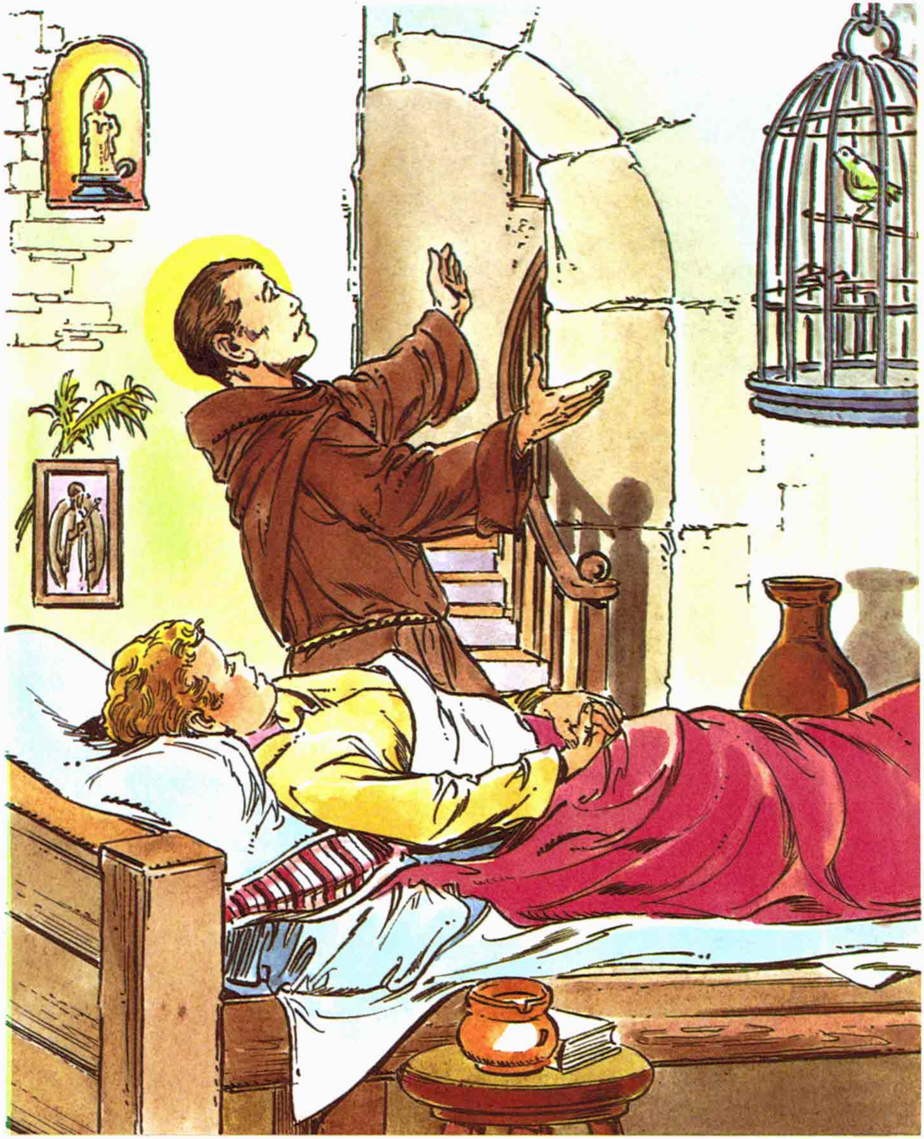
Cuando en la iglesia curaba a la multitud, desaparecía enseguida del altar, para hurtar su persona a los aplausos de los favorecidos.

Fue también ejemplar en la virtud de la obediencia, así como en la pureza. Del Proceso Informativo se desprende que jamás perdió la inocencia bautismal.

Con frecuencia meditaba en la Pasión del Señor. Y en el Convento de Horta, se retiraba a una pequeña ermita, situada en las cercanías del Convento, y allí se dedicaba a la contemplación.

En esta ermita de la montaña, solía tener frecuentes coloquios con la Santísima Virgen, con el Angel de la Guarda y con el apóstol San Pablo, de quien era muy devoto.

También pasaba muchas horas delante del Santísimo Sacramento.



Fray Salvador, taumaturgo

Es Fray Salvador uno de los santos que más maravillas han realizado durante su vida.

Baste decir que en los diez o doce años que vivió en el Convento de Horta de San Juan, no pasó ni un solo día sin que obrara algún prodigio.

Así se explica que en el Proceso de Beatificación se presentaran 387 folios llenos de milagros.

Veamos algunos para propia edificación nuestra.

En Tortosa ejercía el oficio de limosnero. Pasando un día delante de la casa donde había un niño agonizando, pues padecía de cálculos renales, el padre de la criatura pidió al humilde franciscano que lo curase.

Este, imponiendo las manos sobre la cabeza del niño, elevó los ojos al cielo y rezó un Avemaría, saliendo de casa sin decir ni hacer nada más. Antes de acabarse el día, el niño estaba completamente curado.

En Lérida sucedió que el joven Juan Ornós, Doctor en Leyes por aquella Universidad, antes de volver a su tierra, que era Gerona, quiso despedirse de Fray Salvador y encomendarse a sus oraciones.

El Santo le profetizó que una de las jóvenes que vería en lo alto de una ventana, vestida de color gris, llegaría a ser su esposa.

En efecto, en la Plaza de las Coles saludó a una chica, que resultó ser hija de un rico mercader llamado Narciso Serra.

Poco después, los padres de Juan pidieron la mano de esta joven, lográndose un matrimonio feliz, merced a las oraciones de Fray Salvador.

Don de profecía del Siervo de Dios

El don de profecía fue otro de los dones que Dios otorgó a Fray Salvador.

Al llegar a Horta de San Juan, salieron a recibirlo las autoridades de la población y pidieron al Santo que tuviera muy presente en sus oraciones a todos sus habitantes.

Fray Salvador, con la ingenuidad que le era característica, les contestó:

–Señores, durante la próxima cosecha hagan provisiones de toda clase de alimentos, pues el Señor quiere obrar en este lugar grandes maravillas y exaltar a su Santísima Madre.

En general, no creyeron mucho en estas palabras y se olvidaron pronto de ellas. Pero la gente no dejaba de acudir, cada vez con mayor afluencia, al Convento de Horta, por lo que las dificultades de alimentación y cobijo iban aumentando, ya que había que traer de lejos las provisiones.

A un comerciante que, aprovechándose de las circunstancias, vendía la carne a precios abusivos, le pronosticó Fray Salvador:

–¡Oh mezquino! ¿Por qué eres tan tirano? Yo te advierto de parte de Dios que ninguno de los de tu casa gozará de tus bienes.

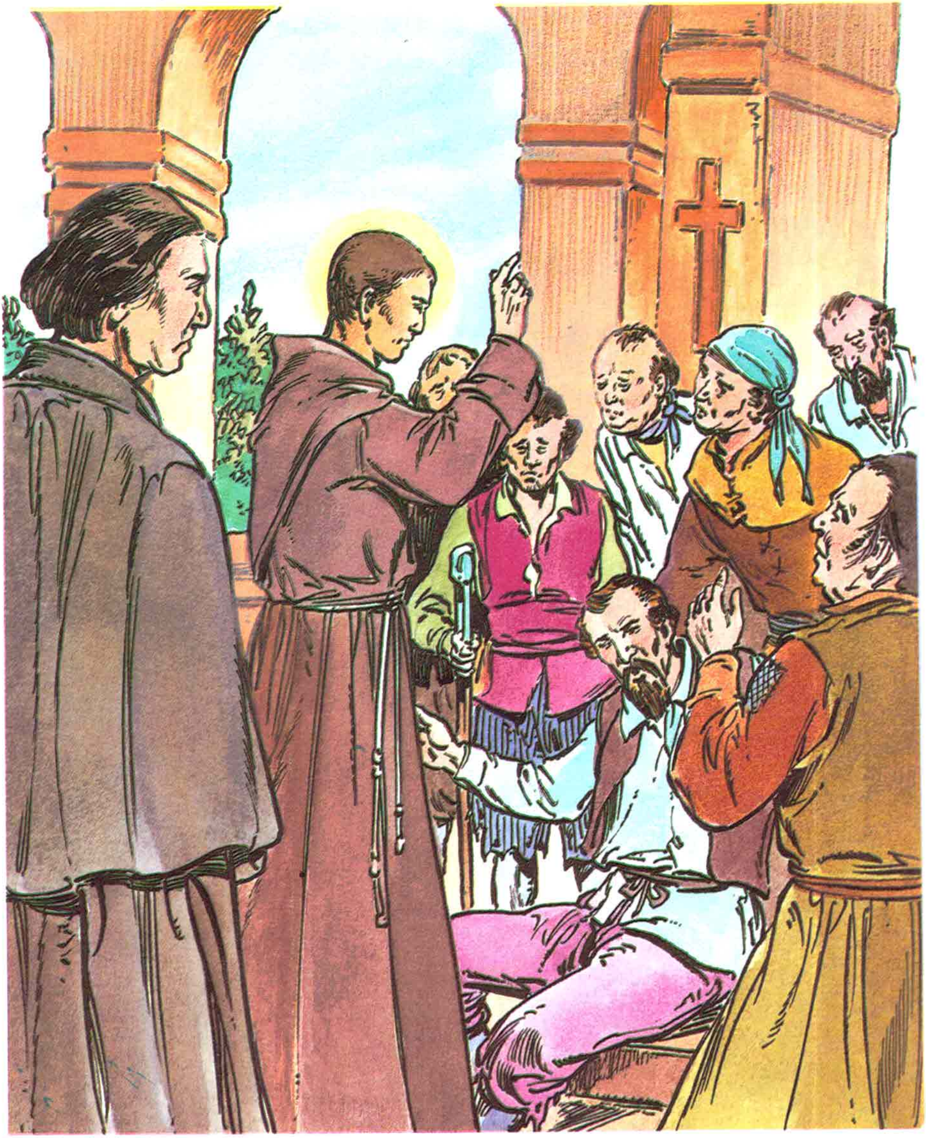
Y así sucedió, pues la familia de aquel especulador descendió a la más extrema miseria.

Respecto al viaje a Cerdeña, su tierra, manifestó una vez, en Horta, que otra tierra lo acogería.

Un fraile le preguntó:

–¿Es cierto lo que he oído, que algún día te has de embarcar?

–Sí, me embarcaré –repuso el Santo.



En Horta de San Juan

De esta villa de Horta tomó Fray Salvador el sobrenombre, porque verdaderamente obró aquí prodigios a raudales.

Tantos eran los enfermos que llegaban a las puertas del Convento, que hubo un día en que se contaron hasta diez mil.

El Santo les aconsejaba que tuvieran fe, que se arrepintieran de sus pecados, frecuentaran los Sacramentos y rezaran a Nuestra Señora.

Luego los bendecía con la fórmula: «En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén». Y casi todos quedaban instantáneamente curados.

He aquí uno de los milagros más curiosos. A los pocos días de haber llegado el Santo a este Convento, unos vizcaínos le presentaron a su niña sordomuda para que le concediera el habla.

El Santo le dio la bendición y dijo a sus padres:

–Estaos aquí ocho días rezando a la Santísima Virgen, y vuestra hija hablará.

Al cabo de cuatro días, la chica empezó a hablar catalán y la gente exclamó:

–¡Milagro! ¡Milagro!

Los padres pidieron a Fray Salvador que la hiciese hablar en vascuence. Y les contestó:

–La Santísima Virgen quiere que hable aquí catalán para que todos entiendan lo que dice.

Siguieron rezando otros cuatro días, al cabo de los cuales, Fray Salvador bendijo de nuevo a la muchacha, y dijo:

–Amigos, la Santísima Virgen quiere que la niña hable catalán mientras esté en Cataluña. Cuando salgáis de esta tierra, la niña hablará el vasco.

Así sucedió. Nada más que entrar en Vasconia, la niña comenzó a hablar la lengua de sus padres.

Fray Salvador y las criaturas irracionales

A semejanza de su Padre San Francisco de Asís, Fray Salvador amaba a las criaturas irracionales, mostrando dominio sobre ellas.

Era portero en Barcelona. Un día frigidísimo de invierno, en que gran nevada había emblanquecido la ciudad, una bandada de pajarillos vino a refugiarse en uno de los claustros internos del Convento.

Los vio Fray Salvador, se compadeció de ellos y, llamándolos, les decía:

–Venid también vosotros, criaturas de Dios, y tomad vuestra limosna.

Y, con las manos llenas de migajas de pan, daba de comer a los pajarillos, que se posaban sobre la cabeza, hombros y manos del Santo.

También bajaron dos cuervos, a los que, por tener los picos más grandes, regalaba trozos mayores de pan, siempre aparte de las pequeñas migajas que ofrecía a las avecillas.

Cuando cuervos y pajarillos terminaron de comer, Fray Salvador los despidió, diciendo:

–¡Ea! Os habéis nutrido ya. Marchaos y que el Señor os bendiga.

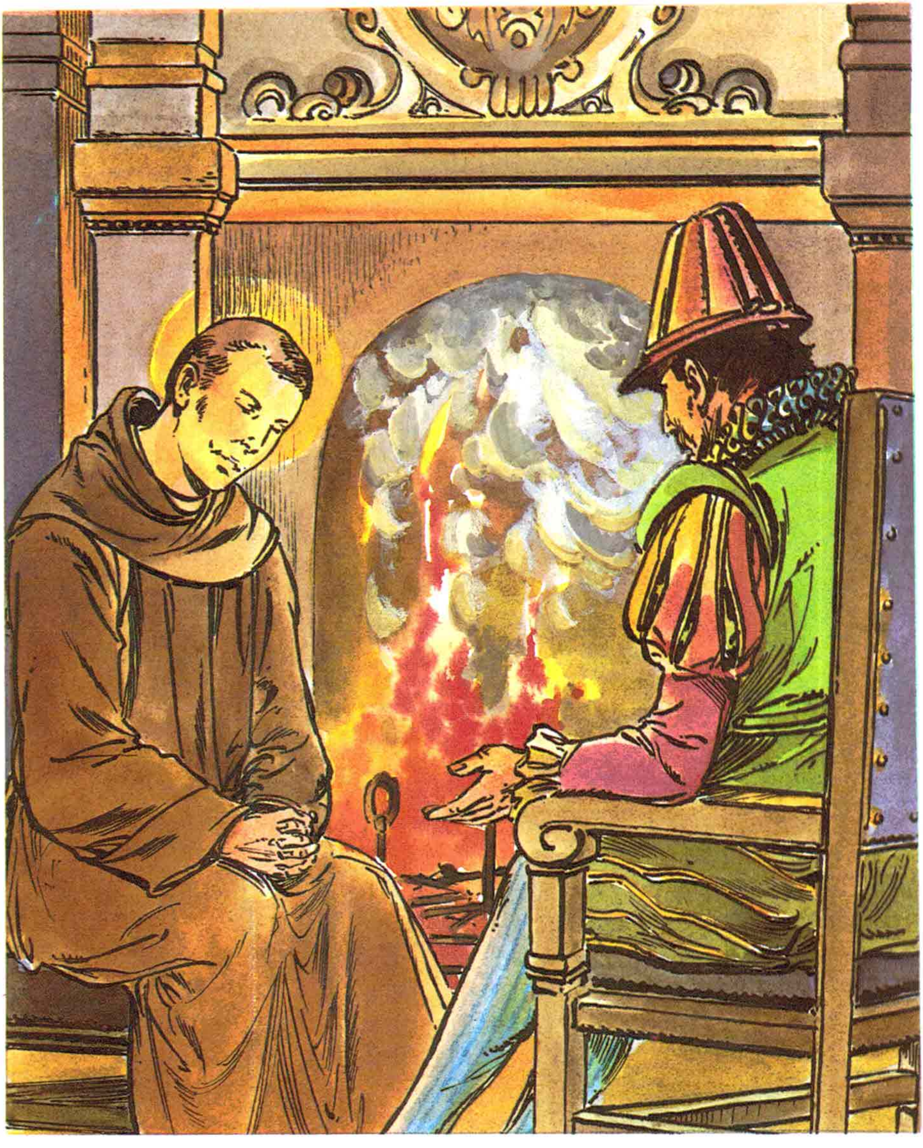
En la ciudad de Tortosa sucedió que la burrita que llevaba para recoger las limosnas en especie, se escapó y echó a correr hacia el Convento.

El compañero de Fray Salvador fue tras la burra, pero no la alcanzaba.

Entonces Fray Salvador se arrodilló y rezó y la burra paró en seco.

Cuando el compañero llegó con ella, le dice el Santo:

–Hermano, cuánto se hubieran reído de nostros los frailes del Convento, si hubiera llegado solo el animal. Ahora ya no volverá a escaparse más.



Fray Salvador y el Rey Felipe Segundo

Enterado Felipe II de los milagros que obraba Fray Salvador, escribió al Virrey de Cataluña para que le enviara al Siervo de Dios.

Fray Salvador llegó a Madrid en mayo de 1560, pasando por Gerona y realizando prodigios en las multitudes.

Al presentarse ante el Rey, dijo:

–Dios que os ha creado, os bendiga. ¿Para qué me llama Su Majestad? ¿Qué hay de apreciable en un cocinero franciscano?

El Rey lo mandó sentar, y amablemente le dijo:

–Os he mandado llamar porque yo y la reina queremos confiar a vuestras oraciones el reino y el pueblo para que se mantengan en la disciplina y sean especialmente estables en la fe. Habiendo oído las maravillas que obra Dios por vuestro medio, os ruego que imploréis para la Casa Real y para todo este pueblo las bendiciones del Cielo.

–Dios es bueno –respondió Fray Salvador– y cuando pedimos cosas justas y santas, nos oye siempre por intercesión de la Santísima Madre.

–También el Señor –prosiguió el Santo– hace en esto como Vuestra Majestad: algunas veces, teniendo negocios importantes, no se desdeña en confiarlos a un vasallo aunque no sea noble, invistiéndole de su autoridad.

–Sí –continuó–. Yo pediré al buen Dios para que conserve y proteja vuestros Estados, manteniendo al pueblo de España fiel a su Rey y firme en la fe católica.

De muchas otras cosas hablaron Felipe II y Fray Salvador, y se sabe que el Soberano más de una vez se enjugó las lágrimas durante la conversación.

Fray Salvador y la Inquisición

Una tempestad, que no llegó a desencadenarse del todo, comenzó a cernirse sobre el Siervo de Dios.

A un Inquisidor de Aragón que veía pasar por Alcañiz grandes grupos curados en Horta, se le ocurrió disfrazarse de simple sacerdote y ocultarse en la iglesia conventual para, desde allí, presenciar la actuación del Santo.

Aparece Fray Salvador en el presbiterio y se dirige al sitio donde se escondía el Inquisidor, al que, arrodillándose, besó la mano y dijo:

–¿Vino Vuestra Reverencia a observar las maravillas que Dios hace por intercesión de su Santísima Madre?

–Hermano, se engaña, no soy más que un simple sacerdote.

–No, Padre, usted es el Inquisidor de Aragón, y puede venir conmigo para ver lo que hace Nuestra Señora.

Subió al presbiterio con Fray Salvador, el cual, hecha una breve oración, se dirigió al pueblo, diciendo:

–Arrepentíos de vuestros pecados y pedid perdón al Señor.

Y, alzando la mano, dio la bendición con la fórmula acostumbrada. Al instante, todos los enfermos quedaron completamente curados.

En otra ocasión, Fray Salvador fue acusado y tuvo que presentarse ante el Tribunal de la Inquisición. Le preguntaron:

–¿Con qué poder hace usted tantos milagros?

–Yo no hago milagros –respondió–, yo soy un pobre pecador. Es Dios quien los hace.

Trajeron a un ciego y a un sordomudo, y le dijeron:

–Cure a estos enfermos.

Hizo la señal de la cruz sobre los dos enfermos y quedaron perfectamente bien.

Los señores del tribunal, admirados, besaron su hábito.

Glorioso tránsito de Fray Salvador

Fray Salvador fue destinado a la isla de Cerdeña, haciendo el viaje con Fray Vicente Ferro, Comisario de aquella Provincia, entrando en Cáller en noviembre de 1565 y quedándose a vivir en el Convento de Santa María de Jesús.

Al contacto del Santo, los habitantes de Cáller, poco a poco, mudaron de costumbres.

Una piadosa señora, llamada Isabel Murla, lo visitó para pedirle consejos espirituales.

–¿Qué he de hacer para, sin dejar el mundo, ser una buena cristiana y llegar a la perfección?

–¿Qué ha de hacer? –contestó el Siervo de Dios–. Frecuente los sacramentos, guarde puros los sentimientos y ore continuamente, y verá cómo el Señor la transforma y recompensa.

–Fray Salvador, noto que está más contento que nunca. ¿Por qué?

–Porque estoy invitado a unas espléndidas bodas.

–¿Bodas? ¿Y partiréis pronto?

–Sí, pronto. Será en la vigilia de San José, esposo de la Santísima Virgen.

La señora lo entendió al pie de la letra, pero los hechos demostraron que sabía la fecha de su muerte.

Por el 12 de marzo de 1567, la fiebre lo asaltó, siendo necesario echarse sobre el mísero jergón.

Recibió los últimos sacramentos con íntimo fervor.

«En tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu»... «Jesús y María» fueron sus últimas palabras.

Era el 18 de marzo de 1567. Contaba Fray Salvador 47 años de edad.

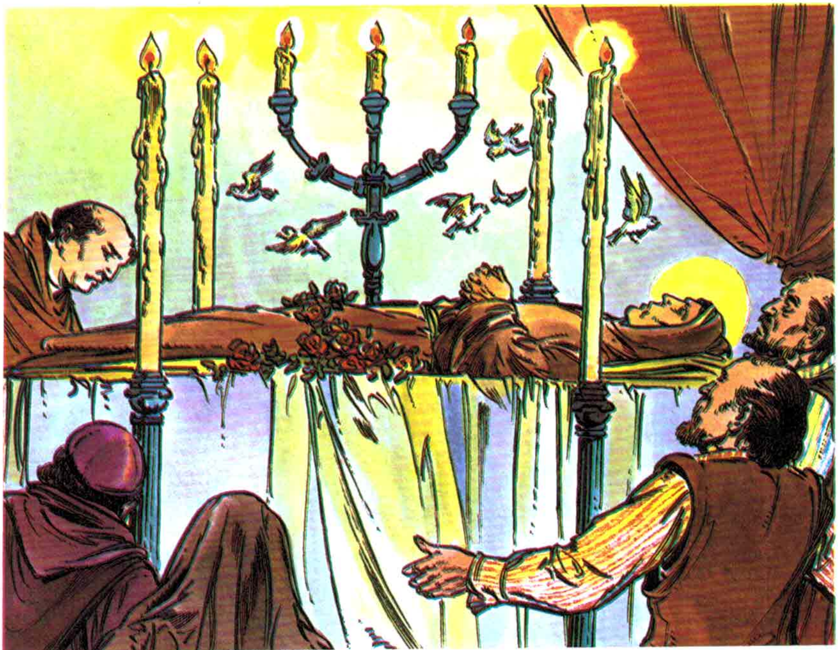
Su faz tomó color, se respiraba fragancia de aromas, y las campanas de la ciudad, por sí solas, tocaron a gloria.

Glorificación de Fray Salvador

Igual que durante su vida, Fray Salvador continuó haciendo milagros después de su muerte, por lo que la autoridad diocesana comenzó, en 1600, el Proceso de Beatificación.

En ese mismo año se efectuó la primera exhumación del cadáver, que se encontró incorrupto.

En 1711, el Papa Clemente XI reconoció oficialmente el título de Beato. Y el 17 de abril de 1938, mientras España se debatía en horrible contienda civil, fue canonizado solemnemente en la Basílica Vaticana por Su Santidad el Papa Pío XI.

La devoción a San Salvador se extendió por todas partes; pero se le venera con especial culto en los lugares donde vivió: Santa Coloma, Barcelona, Tortosa, Bellpuig, Lérida, Horta, Reus, Gerona, Valencia y Cáller.

Pidamos a San Salvador que siga derramando bendiciones sobre España y el mundo entero.